carnado para hacérsenos visible y llegar así a ser nuestro modelo. Debemos fijar nuestra atención en El, para imitarlo, a ejemplo de San Pablo que decía: «Sed imitadores míos, como lo soy de Jesucristo» (1 Cor. 4,16). Aquí los sentidos ceden su puesto a la imaginación, que, reproduciendo en nosotros los ejemplos de Dios hecho hombre, siguiéndole desde el Pesebre de Belén hasta la Ascensión, logra hacérnoslo admirar, amar y vincularnos en su servicio.

A continuación le toca la vez a la razón. Jesucristo no se ha contentado con darnos y dejarnos ejemplos. A ellos, ha unido sus enseñanzas. El Evangelio está lleno de palabras sublimes propuestas a nuestras reflexiones. Es necesario profundizar en ellas para llegar a conocerlas bien. Es el mismo Jesucristo quien lo exige, al decir: «Si permanecéis en mi palabra, conoceréis la verdad y la verdad os hará libres» (Jn. 8,31-32). Cuando las almas se muestran más y más dóciles a las llamadas de la gracia, llegan a esa tercera manera de orar. Es la meditación propiamente dicha.

Es superior a las dos oraciones precedentes, en el sentido de que se eleva el alma cada vez más por encima de las cosas corporales. El alma avanza más por el ámbito de la verdad pura, de la sabiduría celeste que debe conducirla hasta Dios. En esta ascensión hasta el cie-

lo, el alma sube al primer grado, apoyándose en el sentido; franquea el segundo grado, empleando la imaginación. Ahora la razón lleva al alma hasta el seno de las verdades que brotan de la boca de Jesucristo como otros tantos rayos luminosos. Pero la razón no sería capaz de elevarse más. Pues, por encima de esos rayos, está el mismo Dios que «habita en una luz inaccesible» (1 Tim. 6,16).

¿Deberá el alma detenerse allí donde la razón lo hace?

Si alguna gracia no nos ayuda a proseguir la ascensión, seremos incapaces de ello. Dios lo hace con toda seguridad, según el testimonio de los místicos. Cuando un alma ha buscado a Dios con perseverancia, por la vía de la meditación, si, perdiendo la posibilidad de meditar, sin embargo, se siente a pesar de todo atraída cada vez más hacia la oración, el alma no tardará en llegar a ser contemplativa. El alma se pone a amar a Dios en las tinieblas de la fe. Ora de un modo secreto, misterioso, místico. Esa es la contemplación oscura u oración de fe, de que acabamos de hablar.

San Juan de la Cruz, a lo largo de todas sus obras, no cesa de atribuir la unión divina a la fe, a la esperanza y a la caridad. pero no habla de la fe que *medita* el detalle de las verdades de la revelación habla de la fe general y oscura que *contempla a Dios en Sí mismo.* La fe que

medita hace al alma enormes servicios. Sin embargo, en vez de elevarla hasta la unión divina, podría ser un obstáculo para esa unión. De suerte que San Juan de la cruz enseña *que hay que prohibir el meditar* a las almas que son atraídas hacia la contemplación *(Llama de Amor, estrofa 3,5).*

Al leer al gran místico español, hay que hacer la misma observación y distinción en referencia con la esperanza y la caridad. La esperanza une nuestra alma a Dios, no cuando nos hace esperar algún bien en particular, aunque se tratara de una virtud; sino cuando nos hace suspirar por Dios, con la esperanza de poseerlo. La caridad por su parte comienza a unirnos de verdad con Dios cada vez que conformamos nuestra voluntad a la suya, por la observancia de sus mandamientos. Con todo, la unión divina completa exige un movimiento de nuestro corazón que nos eleva directamente hasta Dios para amarle y descansar en Él. Es así como encontramos la paz interior, con una conformidad perfecta de nuestra voluntad a la voluntad divina.

Esta es la significación especial dada por San Juan de la Cruz a las tres virtudes teologales. Si olvidamos este punto capital, nos exponemos a leer las obras del santo sin comprender lo más mínimo. Pero, si cuando habla el santo de la fe, entendemos la fe general y oscu-

ra que contempla a Dios presente en nuestra alma; si se da la misma significación general a las palabras *esperanza* y *caridad*, entonces la doctrina del santo se capta bien. Se puede admirar, saborear esa doctrina y ponerla en práctica.

Para evitar a nuestros lectores confusiones, vamos a precisar el sentido de diversas expresiones que brotan frecuentemente de nuestra pluma.

Una de ellas, por ejemplo: «En la oración de fe, Dios no da nada a las facultades intelectuales y sensibles. Dios ofrece únicamente la gracia de la oración a la voluntad».

Nos equivocaríamos gravemente si, según esta proposición, se nos hiciera decir que la voluntad, en la contemplación, actúa sin concurso alguno de la inteligencia. la voluntad está privada del concurso de las facultades *inferiores;* ora sin pedir conocimiento alguno a los sentidos, a la imaginación, y ni siquiera a la razón. Pero la voluntad conserva el uso de la inteligencia superior o cima del espíritu. Ahí se produce el acto de la fe oscura de la presencia íntima de Dios; y ahí culminan los conocimientos experimentales de las perfecciones divinas, producidos por el amor, en el que la voluntad está abrazada.

Expliquemos esto mediante una comparación. Os encontráis, por la noche, en medio de

las tinieblas más espesas, en un sitio en el que está rigurosamente prohibido hablar. De pronto, un amigo, acercándose a vosotros sin ruido, os abraza tiernamente y os dice a la oreja: «Soy yo». –La caricia de ese amigo produce inmediatamente en vuestro espíritu la certeza de su presencia y llena vuestro corazón de sentimientos afectuosos. Pero eso es todo. No abriréis los ojos para verlo, porque estáis en tinieblas. No iniciaréis una conversación con él, puesto que está preceptuado el silencio. Os contentaréis con corresponderle a sus abrazos con los vuestros. A ello se limitarán los actos de vuestra inteligencia y de vuestra voluntad.

En la oración de fe. Dios hace sentir su presencia a nuestra alma de la misma manera. Según San Juan de la Cruz, se lleva a cabo mediante un contacto de sustancias, sin imágenes. Como el abrazo del amigo, un contacto parecido da al espíritu la certeza de la presencia divina e inflama la voluntad de amor. Nuestras otras facultades no son tocadas por la gracia de Dios. Permanecen en tinieblas y en el vacío. Al no recibir nada, no cooperan para la oración. Sólo la voluntad es excitada para la oración mediante un toque divino.

Es falso, por tanto, considerar la contemplación oscura como oración *pasiva.* Pasa a ser pasiva cuando se transforma en rapto. Pero en tanto que no llega a ese nivel, permanece acti-

va. La actividad del alma se desplaza sencillamente. Se concentra en las alturas del espíritu y de la voluntad. Durante ese tiempo, las facultades inferiores del alma no están en estado pasivo, puesto que la gracia de Dios no pone nada ahí. Esas facultades inferiores quedan abandonadas a su estado natural. Si un alma ha practicado bien la mortificación interior, esas facultades podrán permanecer en calma durante la contemplación, que pasará a ser entonces muy fácil y muy dulce. Si, por el contrario, no se ha sido mortificado, las facultades inferiores experimentarán una agitación que molestará a la oración de fe, haciéndola árida y penosa, sobre todo cuando el demonio viene a agitar un poco más esas facultades inferiores.

En cuanto a la inteligencia superior y la voluntad, tampoco están en estado pasivo. La gracia de la oración les es dada con moderación, como les es dada a las facultades inferiores, cuando Dios nos invita a meditar. Para corresponder a esta gracia, durante la contemplación oscura, la cima del espíritu debe renovar de vez en cuando el acto de fe en la presencia de Dios, y la voluntad debe mantenerse en el amor, mediante actos muy espirituales de los que hablaremos más adelante. No hay, por tanto, nada de pasivo, sino que hay una actividad espiritual de sencillez extremada que no se parece en nada a las facultades intelectuales y

sensibles, de las que se practican en la meditación y en la oración afectiva.

Frecuentemente, a causa de la rapidez del discurso, los místicos designan con una sola palabra, los actos de la contemplación, atribuyéndolos ya sea a la voluntad, ya sea al espíritu. Pero, contentándose con nombrar una sola facultad, sobrentienden siempre los místicos aquella facultad de la que no hablan. Corresponde al lector el acordarse si no quiere confundirse en esas enseñanzas.

Debemos aclararnos también en torno al sentido de las palabras *natural, común, ordinario,* que empleamos frecuentemente, al hablar de la oración de fe.

En el lenguaje teológico, se toma la palabra *natural* por oposición a *sobrenatural.* Significa lo que no va más allá de las fuerzas de la naturaleza. Los actos ejecutados con espíritu de fe, con el auxilio de la gracia, son por el contrario sobrenaturales. Como somos llamados a llevar una vida de fe, una vida sobrenatural, hemos recibido a ese respecto, con la gracia santificante, las virtudes infusas y los dones del Espíritu Santo. Dios nos da además la gracia actual que nos ayuda, ya sea a orar, ya sea a hacer actos de virtud. Pero recibimos las virtudes infusas y los dones del Espíritu santo en estado de gérmenes delicados. Tienen necesidad de ser fortalecidos y desarrollados por el ejercicio.

Cuando un alma generosa practica frecuentemente los actos de las virtudes infusas, adquiere una facilidad grande para producirlos. el alma coge ese hábito y termina por realizarlos sin esfuerzo, sin tener necesidad de prepararse para ello mediante la reflexión. El hábito, como se sabe, es una segunda naturaleza. Consiguientemente, se puede decir de esa alma que lleva a cabo *naturalmente* actos *sobrenaturales*. No habiendo ninguna contradicción en ese modo de hablar. Ya que la palabra *naturalmente* significa en ese caso *fácilmente*.

Luego veremos que, según San Juan de la Cruz, cuando un alma ha adquirido el hábito de la contemplación oscura, la hace a *su gusto*. Al principio, necesitaba atención para no equivocarse sobre la naturaleza de sus impresiones interiores, para discernir con certeza las que procedían del Espíritu Santo. El alma necesitaba también ánimo para dejarse arrastrar por una gracia totalmente nueva, que le causaba admiración. Poco a poco, el hábito suprime esas dudas y esos esfuerzos. Puesto que el hábito es una segunda naturaleza, cuando se ha adquirido el hábito de la contemplación, esa oración se hace, por así decirlo, natural. El alma, llegada a ese estado, contempla a su gusto, del mismo modo que practica naturalmente actos de humildad, dulzura y de toda otra virtud sobrenatural.

Donde se ve cómo se equivocan los que establecen una diferencia entre la contemplación adquirida y la infusa. Las dos hacen una, que es infusa del lado de Dios y adquirida del lado del alma, en tanto que ella ha adquirido el hábito de corresponder dócilmente a la gracia que atrae.

Esta terminología: adquirida e infusa es desconocida para los autores de la Edad Media.

Para encontrar una distinción real entre la contemplación adquirida y la infusa, es preciso llegar hasta las contemplaciones que presentan el carácter del milagro, como los raptos y los éxtasis. Entonces la oración es verdaderamente infusa y pasiva; no es adquirida. Pero si no se encuentra nada de milagroso en la contemplación oscura, ésta sigue siendo una oración ordinaria y común. Se lleva a cabo mediante la actividad del alma, combinada con la gracia de Dios, como sucede en la meditación y en la oración afectiva.

Acabamos de pronunciar la palabra *ordinaria.* Cuando decimos de la contemplación, considerada en sí misma, en su esencia, que es una oración ordinaria, es para subrayar su diferencia respecto de las oraciones milagrosas, las cuales solas son verdaderamente extraordinarias.

Si en vez de enfocar la contemplación en su

naturaleza, consideramos las personas que practican la contemplación, nos vemos forzados a reconocer que el número de los contemplativos es exiguo. Con todo, la contemplación sigue siendo ordinaria y común del lado de Dios que concede fácilmente esta gracia a las almas de buena voluntad. Si la contemplación es, no una gracia extraordinaria, sino un hecho extraordinario, ello es debido al aspecto humano, al lado de los hombres, que, desgraciadamente responden raramente a las llamadas de la bondad divina. Acontece con la contemplación como con la Eucaristía. En las regiones en que poca gente comulga, se debe no a Dios que ordena que todos comulguen, sino a los cristianos que se resisten a las invitaciones y a las órdenes de Dios.

Añadamos una última explicación sobre las palabras: *«prière* y *oración»*. «Prière» = oración, es palabra genérica. Significa toda clase de elevación del alma hacia Dios, ya sea interior, ya exterior, corta o larga, oral o mental, privada o pública, etc. «Oraison» = oración, indica solamente la oración mental de una cierta entidad y dimensión, mínimamente larga, más bien larga. Si la oración es muy corta y expresa solamente un rápido movimiento de nuestra alma hacia Dios, se denomina jaculatoria. La oración –«oraison» se divide además en diversas clases que toman una denomina-

ción particular: meditación, oración afectiva y contemplación. Llamamos al libro *«LA CIENCIA DE LA ORACIÓN»* porque exponemos diversas reglas que se aplican a todas las maneras de orar.

Capítulo 12

LA ORACIÓN DE FE Y LA TEOLOGÍA MÍSTICA

La palabra griega *teología* significa *ciencia de Dios*. Nuestra razón conoce a Dios por sus propias luces y contemplando las maravillas de la creación. Se trata de una teología o ciencia natural de Dios. A Dios lo conocemos mejor estudiando el conjunto de las verdades reveladas; se trata entonces de la teología propiamente dicha, conteniendo la exposición de los dogmas católicos.

Estas dos teologías pueden iluminar nuestros espíritus sin producir en nosotros ningún amor de Dios. Los demonios conocen ambas teologías y los desgraciados son incapaces de amar. Muchos pecadores también las han estudiado sin llegar a amar a Dios. No sucede lo mismo con la teología mística, o ciencia íntima de Dios. Ésta llega al espíritu a través del

corazón. Es fruto del amor de Dios practicado en la contemplación.

A diferencia de las dos primeras teologías, que enriquecen el espíritu con conocimientos precisos, la teología mística ilumina al espíritu de una manera secreta, misteriosa. Es el sentido de la palabra *mística*. Se aprende a conocer a Dios, no por la vía del razonamiento, sino de un modo experimental, mediante el vivo sentimiento de su bondad, de su grandeza, de sus infinitas perfecciones.

Esto supuesto, vamos a mostrar cómo la oración de fe procura al espíritu conocimientos verdaderos; los más preciosos de todos, pues ayudan al alma eficazmente a hacer progresos en la virtud. Lo cual no se puede decir de los conocimientos distintos de la teología natural y de la teología revelada. Con demasiada frecuencia ambas aprovechan principalmente al amor propio.

Lo que afirmamos es la enseñanza de toda la tradición católica, Vamos a probarlo invocando el testimonio de los santos. Durante mucho tiempo, la misma palabra teología se veía reservada para designar únicamente los conocimientos de Dios adquiridos en la oración. Junto a ellos, poco valían los otros que parecían desdeñables.

Había muchas verdades reveladas que no eran enseñadas a los fieles hasta después del

bautismo. Permanecían ocultas para los catecúmenos. Era la ley del secreto que existía incluso entre los filósofos. Se llegaba a ser teólogo cuando se conocía a Dios de una manera íntima y secreta mediante la práctica de la contemplación. Lo cual resulta claro a partir de la afirmación categórica de los santos.

El primero, San Diadoco (s. VI), define al teólogo en los términos siguientes: «Theologus, id est rerum divinarum contemplatos». – «El teólogo es el que contempla lo divino».

San Juan Clímaco dice por su parte: «Han merecido el nombre de teólogos los que, en su oración, están penetrados por un fuego sagrado y divino». ¿Cómo ilumina la oración de fe a la inteligencia? Diversos santos nos lo enseñan. Primeramente, San Alberto Magno: «La ciencia que procede de los datos de la razón, pone en relieve las verdades que deduce sin embargo, esa ciencia *mística* no procede de los datos de la razón, sino más bien de *una cierta luz divina* que no es la afirmación precisa de una verdad. El objeto captado por el alma (Dios mismo) actúa tan fuertemente sobre la inteligencia que el alma desea unirse a Él cueste lo que cueste. Al estar ese objeto por encima del alcance de la inteligencia, no se deja conocer claramente, apoyándose la inteligencia en algo que no es determinado» (In Libr. *De myst. theol.).*

Escuchemos ahora a San Juan de la Cruz y admiremos la precisión de su enseñanza. En el *«Cántico Espiritual», en el comentario a la canción 27, sobre el verso: «allí me enseñó ciencia muy sabrosa»*, n. 5: «La ciencia sabrosa que dice aquí que la enseñó, es la TEOLOGÍA MÍSTICA, que es ciencia secreta de Dios, que llaman los espirituales contemplación, la cual es *muy sabrosa,* porque es *ciencia por amor,* el cual es el maestro de ella y el que todo lo hace sabroso. Y, por cuanto Dios le comunica esta ciencia e inteligencia en el amor con que se comunica al alma, esle sabrosa para el entendimiento, pues es ciencia que pertenece a él; y esle también sabrosa a la voluntad, pues es en amor, el cual pertenece a la voluntad».

En el mismo Cántico, vuelve el santo sobre este tema, en la estrofa 39, comentando el verso *«en la noche serena»,* n. 12: «Esta *noche* es la contemplación en que el alma desea ver estas cosas. Llámala *noche,* porque la contemplación es oscura, que por eso llama por otro nombre, MÍSTICA TEOLOGÍA, que quiere decir *sabiduría de Dios secreta o escondida,* en la cual, sin ruido de palabras y sin ayuda de algún sentido corporal ni espiritual, como en silencio y quietud, a oscuras de todo lo sensitivo y natural, enseña Dios ocultísima y secretísimamente al alma sin ella saber cómo; lo cual

algunos espirituales llaman *entender no entendido.* Porque esto no se hace en el entendimiento que llaman los filósofos *activo,* cuya obra es en las formas y fantasías y aprehensiones de las potencias corporales; mas hácese en el entendimiento, en cuanto *posible y pasivo* el cual sin recibir las tales formas, etc., sólo *pasivamente* recibe inteligencia desnuda de imagen, la cual le es dada sin ninguna obra ni oficio suyo *activo.*»

Añadamos inmediatamente a ese testimonio el de Santa Teresa, con los comentarios de Bossuet.

«En esta oración, dice ella, *se oye sin oír y se ve sin ver.* En efecto, al salir de allí, se encuentra todo como si se hubiera visto y oído. ¿Por qué? Porque Dios nos ha revestido allí de los efectos de su palabra... Ha infundido en el alma todas las luces y todos los sentimientos que ha tenido a bien, como se imprime toda una hoja de papel de una sola vez». Del mismo modo, añade la santa: «En la oscuridad y en el silencio profundo de esa escuela divina», se aprende más en el tiempo de un *Credo,* que lo que se aprendería en diez años en la escuela de los sabios». (Citado por el P. de Caussade, *«Instructions spirituelles sur l'oraison d'après Bossuet».* Primera parte, diálogo 8).

Aunque las palabras de la santa se aplican sobre todo a la quietud sobrenatural y milagro-

sa, también son verdad si se refieren a la quietud ordinaria, guardando la debida proporción. Pues esas dos oraciones místicas son de la misma naturaleza. Difieren sólo por su grado de unión con Dios, siendo mucho mayor la unión en la quietud extraordinaria.

Ya hemos citado otras palabras de San Juan de la Cruz y de Santa Teresa afirmando que la contemplación oscura ilumina al alma y la enriquece con una verdadera ciencia. Hemos reafirmado su autoridad con la de varios santos que han escrito sobre la teología mística y han impartido la misma enseñanza. Nos falta espacio para reproducir todos esos textos. Permítasenos terminar con una cita de San Buenaventura; escribe en su *«Itinerarium mentis ad Deum»*:

«Para captar bien las cosas interiores de la espiritualidad, o ciencia mística, hay que ir al deseo, no al entendimiento; al gemido, no a la lectura; a Dios, no al hombre: a Jesús esposo, no a los doctores; a las tinieblas místicas, no a la luz; al fuego que quema y no a la luz que ciega».

De este modo, todos los místicos han reconocido a la oración de fe el don de enriquecer al alma con verdaderos conocimientos sobre Dios. Incluso han adoptado al respecto un axioma, diciendo: *«Se conoce a Dios mucho mejor por la vía negativa que por la afirmati-*

va». Se busca el conocer a Dios por vía afirmativa, cuando se afirma sobre El alguna verdad clara, precisa, sobre sus perfecciones o sus obras. Se entra en la vía negativa, si se va más allá de esas verdades particulares, exclamando: «Dios está infinitamente por encima de todo lo que acabo de ver»; y nos arrojamos a las tinieblas de la fe general, para llegar a conocer mejor a Dios.

San Juan de la Cruz nos ha dejado un hermoso comentario sobre este axioma de la teología mística, en el comentario al Cántico Espiritual, al comienzo, explicando el verso:

«¿Adónde te escondiste,
Amado,...?

Dice el santo doctor, en el n. 12 del comentario a la primera canción: «Muy bien haces, ¡oh alma!, en buscarle siempre escondido, porque mucho ensalzas a Dios y mucho te llegas a él teniéndole por más alto y profundo que todo cuanto puedes alcanzar. Y, por tanto, no repares en parte ni en todo lo que tus potencias pueden comprender. Quiero decir que nunca te quieras satisfacer en lo que entendieres de Dios, sino en lo que no entendieres de Él; y nunca pares en amar y deléitate en lo que no puedes entender y sentir de Él; que eso es, como hemos dicho, buscarle en fe. Que, pues es Dios inaccesible y escondido, como también hemos dicho, aunque más te parezca que le

hallas y le sientes y le entiendes, siempre le has de tener por escondido y le has de servir escondido en escondido. Y no seas como muchos incipientes, que piensan bajamente de Dios, entendiendo que, cuando no le entienden o le gustan o sienten, está Dios más lejos y más escondido; siendo más verdad lo contrario, que cuanto menos distintamente le entienden, más se llegan a Él pues como dice el profeta David: *Puso su escondrijo en las tinieblas* (Salmo 17,12). Así, llegando cerca de Él, por fuerza has de sentir tinieblas en la flaqueza de tu ojo».

«Gustate et videte quoniam suavis est Dominus». – «Gustad y ved qué suave es el Señor». Se ha hecho Eucaristía para ser nuestro alimento, para ser comido por nosotros. Tenemos que hacer esta experiencia, si queremos conocer bien al Señor. Ahora bien, se hace esta experiencia en la oración, principalmente en la contemplación, que da calidad espiritual y afina al paladar, sin el cual no podríamos saborear el pan eucarístico. Cuanto más se desarrolla ese gusto sobrenatural y se aumenta, más crece en el alma la ciencia experimental de Dios.

Capítulo 13

LA ORACIÓN DE FE ES UNA GRACIA COMÚN

Con la oración de fe es mucho más fácil llegar a orar sin interrupción, que con la meditación o con la oración afectiva. Estas dos últimas exigen una aplicación del espíritu y de la sensibilidad, absolutamente imposible en la vida presente, en la que mil deberes nos obligan a pensar en otras cosas y a polarizar en ellas nuestro ardor. Por el contrario, la oración de fe, ejercitándose en la sola voluntad y dejando libres nuestras otras facultades, no es imposible conservar nuestra voluntad abrazada al amor de Dios, en medio de ocupaciones y distracciones de todo tipo.

Casiano y San Clemente de Alejandría hablan frecuentemente de la oración continua que produce el hábito de la oración de fe.

Pero esto exige una mortificación animosa que haya desapegado y desafectado completamente a la voluntad del amor a las criaturas, para unir a la voluntad enteramente con solo Dios. El alma entonces llega al estado de unión divina y su oración no se detiene, por así decirlo, nunca. Esto exige el hábito de todas las virtudes. Lo cual hace que esta oración sea mucho más rara.

Por ello, hablamos sólo del ejercicio de esta oración; ejercicio llevado a cabo de vez en cuando, a veces tras largos intervalos. Personas muy imperfectas, que caen fácilmente en el pecado, a veces incluso en el pecado mortal del que se levantan rápidamente, tienen el hábito feliz de consagrar cada día algunas horas a la oración, por ejemplo, asistiendo a la Misa todos los días. ¿Serán capaces esas personas de hacer oración de fe? ¿Serán dignas? ¿No les basta aplicarse a la meditación, o, como máximo, a la oración afectiva? Si la contemplación oscura, practicada de vez en cuando, constituyera la santidad, la respuesta no se haría dudar. Puesto que se supone que se trata de personas que no son santas, que incluso son muy imperfectas, diríamos resueltamente que se equivocan; su oración no es la contemplación.

Pero la oración de fe, *cuando no es habitual,* no es de ningún modo fruto ni signo de una vida perfecta. Como las dos oraciones precedentes, constituye un medio de elevarse a la santidad. Es sólo un medio, y es preciso ver cómo nos servimos de él. Se obtienen resultados proporcionados según se use más o menos, mejor o peor. Esto supuesto, la cuestión se simplifica. Se trata de conocer las reglas conforme a las cuales el Espíritu Santo ofrece a las almas un modo de orar concreto. De suyo, la gracia de la oración no es una recompensa; los

infieles y pecadores se verían privados de ella. Ahora bien, Alfonso María de Ligorio lo ha demostrado:

«La misericordia infinita de Dios deja esta gracia a la disposición de todos los hombres. ¿Se conduciría de otro modo respecto de esta manera de orar o la otra? Dios es igualmente liberal a este respecto, teniendo en cuenta nuestras necesidades y aptitudes, más que nuestros méritos».

Hablamos del acto de la contemplación y no del hábito. Aunque ese acto sea un don de Dios, no es un acto extraordinario, fuera de nuestro alcance. La gracia de la contemplación se concede con generosidad divina a las almas generosas que quieren aplicarse a la oración.

En cuanto al hábito de la contemplación, hay que hablar de otro modo. Exige una correspondencia fiel y larga a la gracia, un trabajo animoso y perseverante que quita los obstáculos que se oponen a ese hábito. Los santos animan vivamente a desear la contemplación, a pedirla y a prepararse para ella. Para que se haga un hábito nuestro, nos aconsejan incluso intentar esta manera de orar, cuantas veces se presente la ocasión para ello. Así, durante la meditación, la lectura o el oficio, cuando nuestro corazón se siente cogido por algún sentimiento de amor de Dios, nos impulsan a pa-

rarnos y a hacer pausas pequeñas, aplicándonos a amar, sin razonar.

Si la contemplación fuera algo extraordinario acercándose al milagro, los santos no hubieran dado consejos de este tipo. Al contrario, nos hubieran disuadido de ello, como disuaden de los éxtasis y las revelaciones.

En el orden natural, todos actuamos de la misma manera. Así, ningún hombre sensato aconsejaría caminar sobre las aguas, arrojarse desde un sexto piso para aprender a volar, ir a acostarse dentro de un horno que arde, para dormir allí con calor. pero se aconsejará montar a caballo, ir en bicicleta, y subir a las montañas más altas. Todo consejo de hacer algo supone, pues, la posibilidad de ello y se sitúa en el nivel de las cosas ordinarias.

La experiencia de las almas de oración aporta una prueba más en apoyo de nuestra tesis. Si la gracia de la contemplación fuera un don sobrenatural extraordinario reservado a privilegiados, la mayor parte de los que hubieran intentado esta oración hubieran desembocado en humillantes fracasos o en ilusiones deplorables. Pero no es ése el caso. Las personas que han seguido en esa materia la enseñanza de los santos, han tenido éxito. Daremos la prueba de ello.

Nos encontramos aquí sobre un terreno de hechos, que pasan a ser ciertos cuando descan-

san en testimonios numerosos de valor excepcional. Citamos algunos de ellos.

Todavía en vida de Santa Teresa, las carmelitas eran generalmente monjas fervorosas. Pero no todas eran canonizables. Pues, bien, en el libro de las *Fundaciones,* cap. V, su madre habla en estos términos: «A penas se encuentra en cada casa una monja a la cual el Maestro Divino conduzca por el camino de la meditación. *Todas las demás son elevadas a la contemplación perfecta.* Algunas, además, se ven favorecidas con éxtasis».

Observemos que la Santa, colocando la contemplación perfecta entre la meditación y los éxtasis, muestra claramente que habla de una contemplación que no es milagrosa, es decir, trata de la contemplación ordinaria. Podrá ser más o menos perfecta según el mayor o menor fervor de las personas que la practican. Pero, no llega, en ese momento, al milagro, sino que permanece en el nivel de la contemplación ordinaria.

Cuando Dios otorga esta gracia, no la retira nunca, pues sus dones son irrevocables dice San Pablo (Rom. 11,29). Cuando se corresponde a esta gracia fielmente o no, su misericordia nos la deja, así como deja a otros la gracia de la meditación o la de la oración afectiva. Sucede con este don lo que acontece con la gracia santificante y los méritos adquiridos mediante

la práctica de la virtud. Se pierde la gracia y los méritos por el pecado mortal. Pero se los recupera mediante la absolución o la contrición perfecta. Devolviéndonos la gracia santificante, Dios nos devuelve generosamente todos los méritos adquiridos antes del pecado. Otro tanto hace en cuanto al don de la contemplación.

Capítulo 14

LA IGNORANCIA DE LA VERDAD EXPUESTA EN EL CAPÍTULO PRECEDENTE ES MUY DAÑOSA

La mayor parte de los autores espirituales no dicen nada sobre la contemplación oscura u oración de fe.

El paso de la meditación a la oración afectiva se hace de una manera totalmente natural. Cuando se ha meditado cien veces el mismo tema, la curiosidad el espíritu se desvía instintivamente para buscar en otros pasos algo nuevo. Entonces, si el corazón ha tomado confianza en Dios, se dilata y enternece. El alma domina las agitaciones del espíritu. En lugar de pensar, el alma se pone a amar. Es el momento de la oración afectiva. Pero la sensibilidad

por su parte se embota. Las emociones vivas cansan. El alma termina por encontrarse privada de las ayudas del espíritu y de las del corazón. Le queda solamente la buena voluntad de orar. Dios no le abandona en esta hora crítica. Lejos de violentar nuestra naturaleza, se pone al alcance de nuestras necesidades. Ofrece al alma la gracia de la oración, comunicándosela directamente a la voluntad. Le hace sentir su presencia en la oscuridad de la fe y le invita a un amor espiritual, silencioso, en calma.

La manera como se realiza este paso de la oración afectiva a la contemplación termina por desorientar a las almas. Pues Dios evita el violentarnos. No nos transporta con brusquedad y forzadamente de un estado a otro. Procede lentamente. Varía la acción de su gracia, que se ejerce adecuadamente sobre el espíritu, el corazón y la voluntad. Nos lleva así poco a poco a abandonar nuestra antigua manera de orar para asumir otra nueva. estas variaciones duran hasta que la contemplación se hace habitual.

Entonces es necesario iluminar las almas sobre la acción del Espíritu Santo, para impedirles que se resistan a Él. A falta de luces, las almas caen en la tristeza y el desánimo. Si esta situación se prolonga, aguantan un verdadero martirio. No sólo las personas poco instruidas.

Al contrario, la gente sencilla sale más fácilmente, sin ayuda, de esta prueba. Hay que lamentar más a las personas instruidas que han sido formadas erróneamente sobre este tema en las lecturas desafortunadas. Los presbíteros, teólogos, no suelen escapar a este suplicio. Recuerdo uno de éstos muy inteligente, autor de obras importantes, que se encontraba en esta situación y me oyó en una conferencia sobre la oración de fe. Me dijo que le había devuelto la vida. La imposibilidad de meditar lo había sumido en el desánimo más profundo y no sabía cómo orar. Ahora veía cómo orar con facilidad. Hubo en él una transformación inmediata.

Se necesita mucho ánimo para conservar la voluntad de orar cuando, sometido por Dios a la prueba del atontamiento del espíritu, a la prueba de la sequedad del corazón, para llegar por ese camino a la contemplación, no se comprende la acción de la gracia y no se decide a seguirla. Las voluntades débiles sucumben rápidamente bajo el peso de esta cruz. Habiendo intentado con frecuencia meditar, tener afectos, sin lograr nada, a no ser cansarse excesivamente, terminan por rendirse totalmente al desánimo y renuncian a hacer oración. Si, por vivir en comunidad, se ven forzadas a la práctica de la oración, van a ella con un aburrimiento inaguantable y, renunciando a esfuerzos reco-

nocidamente inútiles, se entregan sin moderación a las distracciones de su imaginación, o se duermen.

¿Qué hacer para devolver a esas almas el gusto de la oración?

Es preciso sacarles de su ignorancia, exponiéndoles la sana doctrina sobre la contemplación. Es posible orar a Dios en silencio; se le puede adorar y amar contentándonos con mirar a Dios. Se trata de una oración excelente, ordinaria y común, a la que podemos entregarnos sin orgullo y sin peligro. Si se persevera en dar estas enseñanzas, hasta que se vean libres de sus dudas y temores, no tardarán en alcanzar el hábito de la contemplación. Entonces su propia experiencia les confirmará, viendo en ello, con claridad, la doctrina de los santos, que aceptarán con fe gozosa.

En la contemplación se toca a Dios, lo saboreamos, adquirimos sobre Él una ciencia *experimental.* En cuanto a este género de conocimientos, nada substituye a la experiencia. San Juan de la Cruz lo dice en términos claros: «Esto creo no lo acabará bien de entender el que no lo hubiere experimentado, pero el alma que lo experimenta, como ve que se le queda por entender aquello de que altamente siente, llámalo *un no se qué;* porque así como no se entiende, así tampoco se sabe decir, aunque, como he dicho se sabe sentir». *(Cántico Espiri-*

tual, canción 7.ª, p. 10, verso: «un no se qué que quedan balbuciendo»).

Capítulo 15

OBJECIÓN Y RESPUESTA

Las razones y hechos expuestos en los dos capítulos precedentes no lograrán convencer a todo el mundo. Algunos lectores no faltarán de decir: «En realidad, los contemplativos son muy raros. ¿Cómo puede ser la oración de fe una gracia ordinaria ofrecida comúnmente a las almas de buena voluntad?

Sin embargo, examinemos las almas que se aplican desde hace algún tiempo a la oración, en los conventos o en el mundo. Interrogadlas. Decidles: «¿Tenéis siempre gusto en meditar?» Si proponeis esta cuestión a 100 personas, 99 os responderán probablemente: «En otro tiempo lo tenía. Desgraciadamente la meditación ha pasado a ser para mí una fatiga. No encuentro ninguna persona que me toque y me de un poco de amor de Dios. Me veo obligado a tener siempre un libro en la mano. Si me impacta un pensamiento, me detengo, lo cual dura unos segundos. En seguida, las distracciones vuelven y tengo que retomar la lectura, si quiero liberarme de esas distracciones».

Proseguid el interrogatorio y preguntadles: «¿Podéis, al menos, amar a Dios con ternura y hacer oración, ofreciéndole los sentimientos de vuestro corazón?» –Os responderán que su corazón está seco y temen decir a Dios que le aman, por estar su corazón frío e indiferente. «Cómo ora, si continúa haciendo oración?».

Cuando, llegados a este momento crítico, se tiene la dicha de encontrarse en el Carmelo o en la Visitación; iluminados por las enseñanzas de Santa Teresa y San Juan de la Cruz, de San Francisco de Sales y Santa Juana Francisca de Chantal, en seguida pasan a ser contemplativos.

Con toda seguridad, veríamos multiplicarse las almas contemplativas entre las personas instruidas y fieles a la oración, si se les impartiera en el tiempo oportuno la enseñanza necesaria. No se les rehúsa en absoluto la gracia de la contemplación. Lo que les falta es la luz indispensable para corresponder a esta gracia. En cuanto se les presenta y ofrece esta luz, comienzan a hacer oración de fe dichosamente.

Capítulo 16

SEGURIDAD DE LA ORACIÓN DE FE

Vamos a examinar los pretendidos peligros de la contemplación, uno tras otro.

Primeramente, el peligro de la inteligencia. El misticismo, pretenden algunos, es peligroso para el cerebro. Conduce directamente a ilusiones e incluso, a veces, a la locura, etc.

Ahora bien, precisamente la oración mística no hace trabajar al cerebro. En la meditación el espíritu se entrega a numerosas reflexiones, pudiéndose desviar. Por el contrario, la oración de fe supone la imposibilidad momentánea de detenerse en una idea particular. Todo se pasa en la cima del espíritu. Habiéndose producido el acto de fe en la presencia divina, solo la voluntad se pone a trabajar, uniéndose con Dios mediante actos de amor. O mejor todavía: esta oración debe excluir los conocimientos particulares que llegan hasta nosotros por vía sobrenatural, como las visiones y las revelaciones.

San Juan de la Cruz ha consagrado todo el libro segundo de LA SUBIDA AL MONTE CARMELO a mostrar cómo estos conocimientos particulares no pueden unirnos con Dios Es preciso despojarnos de ellos, renunciar

a ellos generosamente para encerrarse en las tinieblas de la fe oscura, sola ella capaz de llevar a cabo esta unión. Escribe a este respecto 32 capítulos, en los que demuestra hasta la evidencia esta necesidad.

El segundo peligro se referiría a la salud. Según este punto de vista, las oraciones místicas serían demasiado absorbentes. Podrían llevar a la enfermedad, etc.

También aquí la acusación se equivoca de dirección. Como máximo, se podría decir esto respecto del exceso de meditación o de oración afectiva, en las que se emplean facultades que se fatigan en seguida. Si no hay moderación, puede haber peligro. Así, largas meditaciones producen dolores de cabeza. En la oración afectiva, las emociones demasiado vivas, perjudican el sistema nervioso y pueden causar enfermedades.

Nada de esto es de temer en la oración de fe, puesto que ni se emplea la sensibilidad, ni las facultades intelectuales. Por supuesto, si se deseara ejercitar la oración de fe día y noche, sin tomarse el tiempo debido para comer y dormir, se caería enfermo. Pero la enfermedad vendría de la falta de alimento y sueño, no de la oración. De suyo, esta manera de oración más bien reposa. Cuando San Francisco de Asís, en casa de Bernardo de Quintavalle, pasó la noche repitiendo: *Deus meus et omnia - Mi*

Dios y mi todo; quizá se cansó, al no tomarse el tiempo adecuado para dormir; pero no se provocó dolores de cabeza por reflexionar, puesto que no reflexionaba. Tampoco agotó las fuerzas de la sensibilidad, puesto que ese grito de amor dimanaba de su voluntad, sin arrancar lágrimas o gemidos, como en las oraciones sobre la Pasión.

Como nuestra voluntad se despliega en un cuerpo sometido a necesidades imperiosas, como la de alimentación y sueño, esto se ha de respetar. Pero, cuando se tiene esto en cuenta, la voluntad vuelve a ser libre y si se pone a amar, puede hacerlo durante bastantes horas seguidas, sin esfuerzo, ni sufrimiento, saboreando una dulzura cada vez más suave.

A ciertas personas les cuesta repetir a Nuestro señor: «Te amo; te amo». Temen no ser sinceros. Confunden el amor sensible con el espiritual. No se es sincero si se hace una declaración de amor a una persona antipática, puesto que se trata entonces de *amor de naturaleza.* Pero se es sincero cuando, en la oración de fe, se dice a Dios: Te amo, puesto que Dios entonces nos pide *amor de voluntad.*

Repetid lealmente a Dios: «Te amo». Así, podéis alargar indefinidamente vuestra oración. Alargando este ejercicio de amor, se llega a veces a la quietud perfecta.

Otro peligro: el de encontrar desagrado en

la vida común, cayendo en singularidades, en actos extraños que llegan a escandalizar al prójimo. Con frecuencia se reprocha esto a las personas de oración. Pero no se merecen esto las que se entregan a la contemplación.

En esta manera de orar, se evitan los deseos particulares, contentándose con el deseo general de estar unido con Dios, mediante un amor dócil a todas sus voluntades. No se formulan peticiones especiales excepto las del *Pater*, u otras análogas. Se ama, como en el cielo, y se dispone a testimoniar este amor, preparándose a obedecerle en todo. En cuanto al detalle de este amor, no se piensa en ello. Dios lo concretará, mediante la voluntad de los superiores, los acontecimientos de cada dia, etc. Fuera de la oración se pensará en esos detalles, y se aceptarán las manifestaciones de la voluntad divina. Si se da alguna singularidad, no procederá, por tanto, de la oración.

Capítulo 17

LOS ACTOS EN LA ORACIÓN DE LA FE

En los comienzos, las almas atraídas por el Espíritu Santo hacia la contemplación oscura,

se encuentran desorientadas por el silencio profundo que se hace en su interior. Estaban esas almas acostumbradas a barajar muchos y buenos pensamientos para encontrar en ellos el medio de elevarse a Dios. Excitaban en su corazón muchos sentimientos afectuosos, transformados en deseos y peticiones. Todo eso se acabó. Solamente la voluntad se experimenta atraída por Dios.

Despojándose de los sentidos, los actos del alma se hacen simples. Es una primera dificultad para constatar su existencia. Además, en la contemplación, esos actos son directos. parten del corazón para ir directamente a Dios, sin transformarse en frases o discursos. El espíritu, como no ha cooperado en su formación, tampoco los observa. Todo ello inquieta a los principiantes, inclinándoles a pensar que no hacen nada en la presencia de Dios.

Supongamos una madre que, sentada junto a la cuna de su niño, lo mira dormir. Por miedo a despertarlo, no hace movimiento, ni ruido alguno; incluso retiene su respiración. Llena de amor hacia ese fruto de sus entrañas, lo devora con sus ojos. Permanece así horas. ¿En qué piensa? ¿Qué experimenta en el fondo de su corazón? Si le interrogáis más tarde a este respecto, la pondréis en un aprieto. Quizá no sepa responder. Dirá: «He estado amando a mi niño, y eso es todo».

Cuando un alma hace la oración de la atención amorosa a Dios presente, se comporta del mismo modo. Ama a Dios simplemente y en silencio. Eso es lo que sabe.

Esa impotencia del espíritu, que procede del silencio al que ha sido condenado durante la contemplación, no prueba en absoluto que la voluntad no haya hecho nada y que haya perdido el tiempo. Como la madre de que acabamos de hablar. Los actos de la voluntad son muy reales. Frecuentemente, incluso, hay varios actos reunidos en un mismo movimiento del corazón, y se hace más difícil el analizarlos y conocerlos en detalle.

Sin embargo, los actos de la contemplación no son totalmente imperceptibles. Cuando se adquiere el hábito de esta oración, se llega más fácilmente a discernirlos. Vamos a examinar algunos de ellos, a causa de su importancia particular.

Capítulo 18

EL PRIMER ACTO DE LA ORACIÓN DE FE

Como su nombre indica, el primer acto de esta oración, por el que hay que empezar nece-

sariamente, es un acto de fe. No se trata de una fe respecto de alguna verdad particular de la revelación, sino de una fe general en Dios, en su presencia en nuestra alma, en sus perfecciones infinitas.

Cuando el Espíritu Santo quiere elevar un alma a la contemplación, le quita la posibilidad de meditar durante ese ejercicio. Cada vez que le impulsa a la oración, hace un vacío de buenos pensamientos en su inteligencia. Le provoca un desagrado insuperable hacia las reflexiones y razonamientos que anteriormente le hacían tanto bien; le lleva a contentarse con esa fe general y oscura, mediante la cual le hace creer en su presencia y le atrae a su amor.

San Juan de la Cruz, enseñando a las almas, en la SUBIDA DEL MONTE CARMELO, sobre los medios para llegar a la unión divina, establece, como fundamento necesario, un desasimiento completo de la voluntad, no sólo de los bienes naturales, sino incluso de los *bienes sobrenaturales,* en tanto en cuanto que el amor propio pudiera apegarnos a ellos.

Las verdades reveladas son bienes sobrenaturales. Tenemos necesidad de creerlas con fe firme e inquebrantable. Tenemos que meditarlas. Son deberes imperiosos. Pero esos deberes no nos dan el derecho de atarnos a esas verdades por amor propio de hacer nuestras esas verdades, sirviéndonos de esas verdades para

nuestro provecho, para la satisfacción de nuestra vanidad, de nuestro orgullo o de otro sentimiento interesado.

Todos los hombres, si correspondieran fielmente a la gracia de la oración, llegarían poco a poco a esa fe perfecta. En su misericordia infinita, el señor concede a todos la gracia de poder orar. Paganos, judíos, musulmanes, herejes y cismáticos, todos la reciben. El primer efecto de la correspondencia a esta gracia debe ser el pedir luz. Como San Pablo, derribado en el camino de Damasco, el que pide con corazón sincero, dirá: «¿Qué quieres, Señor, que haga?» –Si persevera en esta petición, oirá una respuesta equivalente a la que Jesús hizo a San Pablo, cuando le dijo: «Levántate; entra en la ciudad; allí, se te dirá lo que debes hacer» (Hechos 9,7).

Capítulo 19

OTROS ACTOS DE LA ORACIÓN DE FE

Los adversarios sistemáticos de la oración de fe le reprochan la negligencia de la práctica de las virtudes. Es una calumnia. En la contemplación oscura, se contentan los que la

ejercitan, con situar las virtudes en su sitio, subordinándolas todas ellas a la caridad perfecta y pura que es su reina. Las virtudes valen poco, si no sirven para glorificar a Dios.

En la oración de fe, no se polariza la atención en particular en el detalle de las pequeñas virtudes aunque, fuera de la oración, no se desprecia su práctica; pero el amor de Dios, al que se aplica el sujeto de la vida espiritual constantemente con ardor, practica, durante este ejercicio, ciertas virtudes generales que cooperan, con la caridad, a hacernos perfectos.

La primera de esas virtudes es la obediencia. El que toma la resolución de obedecer siempre, de corazón y con alegría, no desprecia ninguna virtud. Se prepara a practicarlas al hilo de los acontecimientos. Lo hará con ánimo y perfección. Ahora bien, en la oración de fe, se ejercita constantemente esta obediencia.

Al someter nuestra alma a los mandamientos de Dios, la obediencia quita los obstáculos para la práctica de las virtudes. Lo cual no basta para adquirirlas. Precisamos la ayuda de la gracia divina, sin la cual no podemos realizar acto alguno sobrenatural, digno de las recompensas del cielo. Ahora bien, es la humildad lo que atrae la gracia.

La paciencia es igualmente una virtud general que nos hace adquirir todas las virtudes. ¡Se necesita paciencia para perseverar en una

oración tan crucificante! Muchas almas abandonan su práctica, porque no tienen ánimo para sufrir y aburrirse en la compañía de Dios. Es un hecho de experiencia constatado por muchos santos y abundantes directores.

La contemplación oscura es un ejercicio generoso de fe, de sumisión a la voluntad de Dios, de humildad, de paciencia.

Capítulo 20

LA CARIDAD EN LA ORACIÓN DE FE

La contemplación comienza por la fe; continúa por la caridad. Es un camino largo que exige ánimo y generosidad. Se le llama también a esta oración: *Oración de atención amorosa a Dios presente.*

La oración de fe introduce en el camino del amor verdadero y puro, del que nos pide Dios, y nos ayuda a adquirirlo, a fortalecerlo, a llevarlo a la perfección más alta.

Las reglas de este amor se encuentran en las tres primeras peticiones del *Pater*. El espíritu aporta un juicio exacto sobre la grandeza de Dios. Lo ve en una altura infinita, por encima de las criaturas, y la voluntad le ofrece enton-

ces un *amor de alabanza,* diciendo: «Sanctificetur nomen tuum».

Dios no sólo es grande; es hermoso, amable; tiene los encantos que resultan de todas las perfecciones reunidas. Sobre todo es bueno y misericordioso para con sus criaturas. Por lo tanto, merece reinar sobre nuestros corazones por el amor. El *amor de complacencia* se expresa diciendo: «Adveniat regnum tuum».

Finalmente, Dios es todo poderoso. Es el Señor, maestro absoluto de todas sus criaturas. ninguna de ellas tiene la capacidad de resistírsele con éxito. El *amor de obediencia* se expresa diciendo: «Fiat voluntas tua, sicut in coelo et in terra». La voluntad se somete a la autoridad soberana de Dios, llena de santo respeto.

En tanto que nuestra voluntad permanezca esclava de las pasiones que se agitan en la carne y de los pensamientos que la vista de las criaturas arroja en el espíritu, no puede levantarse a las alturas. Por ello, Dios le presta un servicio inmenso, concediéndole la gracia de la contemplación. De este modo, le arranca de las desviaciones de la imaginación y de las debilidades de la sensibilidad. Dios independiza la voluntad del cuerpo. En medio de las tinieblas del espíritu y de la aridez del corazón, la voluntad aprende a hacerse señora de sí misma. En adelante, tomará sus decisiones a la luz